



Un día a la vez

Hoy ya lo he decidido, quiero de nuevo llamarte,
salir de mi sombra fría y poder a ti escucharte.
Quiero también vibrar, con tus mágicas palabras,
instrumento con el cual el amor tú siempre labras.

Hoy, al escuchar tu voz, revuela mi pensamiento.
Saber si me has extrañado, ese es mi razonamiento.

O si ahora soy para ti una minúscula palabra,
que ya no mueve tu espíritu, estoy más loco que una cabra.

Y no es que yo sea inseguro, pues de ti no tengo apuro,
pero añoro tu presencia, estar sin ti es muy duro.

Solloza mi corazón por no sentirte a mi lado,
pero, entiendo, vida mía, de ti estoy enamorado.

Me atraen tus emociones y, sin duda, tu belleza,
pero amo más que nada de ti, toda tu entereza:
pues eres firme y decidida, vas al todo, no vacilas,
y con palabras y actos, al pusilánime fusilas.

¡Qué odisea, qué aventura, ha sido, cielo mío, amarte!
Pues al principio pensé que era más fácil odiarte.
Parecías cual muralla, con tu seriedad como estandarte,
y ahora que más te conozco, tan solo puedo adorarte.

Has transformado mi vida, me has dado mucha alegría,
aquella que yo pensaba, no sería nunca mía.
Y llegaste, y me entregaste en un abrazo, aquel día,
la certeza de ahuyentar de mi ser la cobardía.

Me llevaste a ser yo y, así, creer en mi ser.
También a amarte, adorarte y darte dicha y placer,
a ser amigo, confidente y apoyo incondicional
porque tú, amada mía, me tratas como a igual.

Y es que ahora no hay dudas, mucho menos desconfianza,
vivimos a plenitud y conservamos la esperanza
de amarnos hasta la muerte y, pensando en positivo,
acumularemos años de este amor por siempre vivo.

